

SIN UN LUGAR (o “Los juegos del miedo”)

Carlos Manuel Varela

PERSONAJES: Sara / Ana / Tía / Dora

Un foco cae sobre la tía, instalada en su silla de ruedas, a la izquierda del espectador. A su lado, hay una mesita poblada de medicamentos. A la derecha del espectador, una mesa y tres sillas. A foro, una pared poblada de puertas que sugiere el encierro más que la posibilidad de salir. Se escuchan risas y voces femeninas que hacen incorporar a la vieja, apoyándose en los brazos del sillón, como un pájaro. Entran Sara y Ana. La iluminación crece y abarca toda la escena.

TIA: (Protesta) Tuve que tomar mis gotas sola.

SARA: Se nos hizo tarde.

ANA: A mí no me gusta mirar vidrieras. Me harta.

SARA: A mí me encanta.

ANA: A mí no. Mirar por mirar, me mata. (Se deja caer en una silla. Se miran. Son muy diferentes. Sara es extrovertida y cuida su apariencia; Ana parece más tímida y se viste más austeramente. Apenas se pinta)

TIA: Nadie estaba aquí cuando tomé mis gotas.

SARA: ¿Tenemos que estar aquí para mirar cómo las toma?

ANA: Ya sabés, le encanta que la miren.

TIA: Habíamos hecho un pacto, ¿no?

SARA: Uf. Otra vez con el pacto.

ANA: Usté quedó en tomar las gotas sola. Y también los otros remedios. Sólo teníamos que moverla cuando llamara o necesitara alguna cosa urgente.

TIA: Necesité hacer algo en forma muy urgente.

SARA: Pero si la llevamos al baño antes de salir.

TIA: Ah, ¿si? Bueno, necesitaba el diario. Quería que me leyeran las necrológicas.

ANA: -La vecina no lo quiere prestar más. ¿Ud. va a empezar a comprarlo?

TIA: -Ja! Se les da por ahorrar e ignoran lo que pasa en el mundo.

SARA: Qué manía. Más vale no saber quién se piantó. (Sara pone una caja sobre la mesa)

TIA : Hay que saber cómo marcha el país. Quién está vivo y quién está muerto.

ANA : En realidad la tía quiere controlar a cuántos de su edad le dieron la bendición.

SARA: A muchos los despiden con una puteada.

TIA: Además quería saludar a la vecina. A las cuatro y media, la señora López tiene por costumbre regar las plantitas de su ventana y yo quería asomarme y preguntarle algunas cositas.

SARA: Bueno, lo pasado pisado.. Tenemos algunas sorpresas. Le trajimos velitas y también....

TIA: (La interrumpe) ¿Velitas? Si ya fui al baño.

SARA: Siempre pensando en la caca. Tiene una obsesión con la caca.

ANA: Velitas le ponen a los bebitos y usted no es una bebita.

SARA:Está bien que a veces usa pañales pero yo me resisto a ponerle una.

TIA: ¿De qué hablan?

SARA: Ya va a ver. Un día de vida es vida.

ANA: También compramos un número de lotería. Dáselo, Sara.

SARA: (Intencionada) Termina en ochenta. A lo mejor tenemos suerte.

TIA: (Molesta) Supongo que estaré muerta a los ochenta.

SARA -Qué desagradecida!

TIA: Nadie va a sacar con esa terminación. ¡Ochenta!

SARA:Nadie quiso insinuar nada, ¿verdad Ana?

ANA: Nadie.

SARA: Hay que hacer una fiestita para festejar su cumpleaños, ¿no?

TIA: ¿Por qué?

SARA:Pregunta por qué.

ANA: Un regalito, es lo usual, ¿no?

TIA: Es lo usual entre la gente que se quiere.

SARA:Queremos festejar con champán. Por qué no nos dice donde lo escondió?

ANA: A usted le gusta, ¿no?

(Ellas acomodan los velones sobre la mesa.)

TIA: ¿ Y las burbujitas?¿Quieren que termine hecha un globo, volando por los aires, muy lejos de aquí? Eso quieren, ¿eh? Que me convierta en un globo y parta con rumbo desconocido.

ANA: ¡Quién viera a la tía junto a las estrellas!

SARA: El primer satélite humano.

TIA: Muy lindo. Pero si yo me convierto en un satélite humano, ustedes pierden.

SARA: Pero toda la humanidad gana

TIA: ¿Qué puede importarles a dos egoístas como ustedes de la Humanidad?

ANA: Sí, claro que nos importa la humanidad. Hoy mismo, Sara estuvo a punto de darle una moneda a un pibe que quiso limpiarle el parabrisa.

TIA- Qué parabrisa?

ANA- El delantero, tía.(Sara saca "pecho")A ella siempre le quieren hacer esos favorcitos.

.SARA: - No le haga caso. Un adelanto científico siempre trae felicidad al mundo, ¿no? Usted sería la primera tía-satélite , pero al poco tiempo el cielo estaría lleno de tías satélites.

TIA: ¿Y no tienen miedo de perder?

SARA:Bueno, claro, perder una tía podría apenarnos pero si es en beneficio de...

TIA: Yo no soy tía de nadie.

SARA:Nos gusta llamarla cariñosamente tía.

TIA: Quiero mi jarabe. Hoy tuve mucha tos.

ANA: Se envició con ese jarabe.

SARA: Es una adicta.

TIA: Me encanta ese jarabe. Es igual al que tomaba en mi niñez, cuando papá y todos estaban pendientes de mí.

SARA: (Irónica) Bueno, en algo tuvo éxito, ¿eh? Todos siguen pendientes de ustedé.

TIA: Porque si yo fallo... si yo me transformo en un satélite... ¿un satélite era? Bueno, qué importa. El caso es que si yo fallo, ustedes pierden.

SARA: Creo que ya lo dijo alguna vez.

TIA: Pierden y plac, a la calle. Dos huerfanitas modelo piden limosna por las calles... y terminan ejerciendo el triste oficio. Así titularán los diarios, ¿eh?

SARA:¿Por qué triste?

ANA: ¡Si diera para una bandeja de masas por semana!

TIA: Pensé que como eran huérfanas iban a sentirse aquí como hijas.

SARA: ¿Es un sermón? Que yo sepa usted no tiene sentimientos muy maternales.

ANA: La Madre Aurora, que Dios sabe nunca tuvo hijos, era muy maternal con nosotras.

SARA: Demasiado.

ANA: Y usted tía, tiene una hija para sermonear.

SARA: Y sin embargo se prendió de nosotras, ¿eh? Nos dijo que le sobraba una pieza y hasta lloró. Dijo que estaba “enferma de soledad”

TIA: Estoy harta de que me roben.

SARA: Qué imaginación. Siempre pensando lo peor.

TIA: Se quedan con los vueltos. No puedo mandarlas a comprar nada.

SARA: Queríamos festejar su cumpleaños.

ANA: Claro, en cambio la Dora, ¿se acordó de usted?

SARA: No se acordó de nada porque anda bien con el marido. Cuando la cosa marcha bien la flaca no se acuerda de la mamá.

TIA: ¡Exijo respeto!

ANA: Y una lo tiene. Cuando aparece la Dora, cada muerte de obispo, no le ofrecemos siempre un güisquicito? ¿No es cierto, Sara?

SARA: ¿Y a usted le faltamos el respeto? A veces la puteo, pero siempre después de la quinta o sexta vez que me llama de noche.

ANA: La Sara le tiene paciencia, porque yo la hice atorar con aquella pastilla, ¿se acuerda?

SARA: ¿Qué busca?

(La vieja ha estado revolviendo entre los remedios. Ahora se pone de pie con dificultad y saca un monedero de abajo de su trasero)

TIA: Estoy segura que me robaron.

SARA: ¡Quién va a robarle, si se sienta encima del monedero!

ANA: Qué poca confianza nos tiene.

SARA: Yo no sé qué piensa. Una tiene una moral. En eso las monjas son campeonas.

ANA: Revise nomás.

SARA: Claro, revise nomás, que la Madre Aurora no va a ser traicionada.

ANA: ¿Vio? A que no falta ni un peso.

SARA: ¿Falta un peso? ¡Diga si falta!

ANA: A ver...

TIA: (Termina de contar. Furiosa) ¡No falta!

SARA: No falta y mirá cómo se pone.

ANA: Como una loca.

TIA: Robaron del cofre, estoy segura.

ANA: ¿Cofre? ¿Qué cofre? ¿Vos viste algún cofre, Sara?

SARA: ¡El del pirata, debe ser!

TIA: Mi cofrecito de plata, el que está en el ropero. (Se pone de pie. Toma el bastón y camina con mayor rapidez de la previsible) Mi cofrecito de plata, regalo de Ramón, que en paz descanse... (Sale)

ANA: ¿Y ahora?

SARA: Y ...yo qué sé.

ANA: ¿Cómo? ¿Qué va a pasar cuando lo encuentre?

SARA: Imaginate.

ANA: Me da miedo. (Una pausa. Se miran)

SARA: Prepará las gotas.

ANA: ¿Le va a dar la taquicardia?

SARA: ¡Sí!!! (Ana toma un vaso de la mesita y cuenta las gotas) Echá el doble.

ANA: ¿Te parece?

SARA: Le va a dar fuerte.

ANA: ¿Serán suficientes?

SARA: ¿Echaste el doble?

ANA: El doble...y algo más.

SARA: Muy bien.

ANA: ¿Y si se muere?

(Se acerca al sillón. Apoya una mano en no de sus brazos)

SARA: ¡Estás loca! No puede morirse.

ANA: ¿Por qué no?

SARA: Porque las gotas le hacen bien. Son para el corazón. El médico lo dijo. Dijo que lo hacen marchar como un reloj.

ANA: No, no puede morirse. (Se sienta maquinalmente en el sillón hamaca). Yo no quiero que se muera.

SARA: ¡Desagradecida! Le hacemos una fiestita y la quiere arruinar!

ANA: Si la vieja se muere, perdemos.

SARA: Perdemos. Ella lo dijo. ¿Quién va a dejarnos acá, como dos señoritas!

ANA: (Casi para sí) ¿Qué vamos a hacer?

SARA: Aguantar el teleteatro, porque cuando abra el cofre, se va a poner como la llorona ésa a la que no quieren devolverle la hija.

ANA: (Se pone de pie) Se la devolvieron y parece que va a casarse con el hijo de la dueña del Supermercado.

SARA: ¡No digas! ¡Mirá que pasan cosas lindas en los teleteatros!

ANA: Y a una le enseñan cosas. Aprende. (Busca en su corpiño. Saca una llave)
¡Mirá!

SARA: ¡La llave!

ANA: ¡La llave del cofre!

SARA: ¡Así que no va a poder abrirlo!

ANA: ¡No va a poder acusarnos!

SARA: No va a poder arruinar nuestra fiestita. (Va hacia la caja, saca dos velas grandes)
¡Un par de velones se merece!

ANA: Ahí viene.

SARA: Dale, vamos a cantarle. (Arranca muy alto, luego la sigue Ana) Happy birthday to you!...

ANA: Happy birthday to you... (Siguen cantando a dúo. Aplauden. La tía viene con el cofre apretado contra el pecho y la cara transfigurada por la furia.)

ANA y SARA: Happy birthday, tía, happy birthday to you...

SARA: ¡Bravo! ¡Felices ochenta!

ANA: ¡Elegimos las mejores velas!

SARA: ¡Las más gordas!

ANA: ¿Las prendemos tía? ¿Prendemos las velitas?

(Una pausa. La tía tiembla de furia)

TIA: ¿Qué hicieron con mi cofre? (Una nueva pausa. Las mira) ¿Qué hicieron?
Vamos, contesten (Nueva pausa)

SARA: Tiene la garganta seca.

ANA: Dale un vaso de agua. (Ninguna se mueve)

TIA: (Grita) ¿Dónde está la llave? ¡La llave!

ANA y SARA: ¿Qué llave?

TIA: ¡La llave del cofre! ¡La escondieron! ¡La escondieron porque me robaron!

SARA: ¡Qué cosas dice!

ANA: ¡Qué sacrilegio!

TIA: Me robaron. El cofre está livianito. No pesa nada.

SARA: No se ponga así.

ANA: ¡Si hoy tiene que estar contenta!

TIA: No pesa nada. Me robaron. ¿Y la llave? Estaba en un cajón de la cómoda... y la encontraron. Revuelven todo. Por eso la encontraron. Revuelven todo... y se llevan mis cosas. ¡Sinvergüenzas!

SARA: (Intenta tocarla y la vieja la empuja) Pero tía, tiene que calmarse.

ANA: No grite, por favor.

TIA: Voy a gritar sí, voy a gritar. Me voy a convertir en una bocina, en una alarma.
¡Voy a gritar para denunciarlas!
Quiero que todo el mundo se entere... Me roban y esconden la llave...
(Ahogándose, jadeando) Me roban... la ropa, la plata... voy a quedarme sin nada, sin plata para mi entierro...

SARA: Las gotas, dale las gotas.

ANA: ¿Y si se atora?

SARA Dale con el cuentagotas!

TIA: Voy a contarle todo a Dora... Cuando venga voy a decirle que son unas ladronas...

SARA: (Le sostiene las manos. La tía intenta apartarla pero no tiene fuerzas)

TIA: No quiero las gotas!

SARA: Si ya las tomó. Se portó tan bien que mañana vamos a llevarla al parque.

ANA: Y si hay sol podemos sentarnos al lado de la fuente...ésa que tiene los angelitos que a usted le gustan.

TIA: Al parque, sí. Quiero ir al parque. Quiero pasear un día de sol por el parque.

SARA- Al parque! A los juegos!

ANA- A divertirse!

SARA- A la montaña rusa! (Una empuja a la otra el sillón, la otra lo ataja y se lo devuelve) A los juegos!

TIA- (Ríe) A los juegos!

(El juego se alarga algo más. La tía comienza a respirar agitada. Ellas detienen la silla)

ANA- Se siente mal?

TIA: Uy...qué mareo.

SARA: (Hamacándola) Duérmase, duérmase tranquila.

TIA: Al parque, sí... Un día de sol, como antes... con Dora de la mano. (Una sonrisa) Pobre nena. No quería subirse a la calesita. Lloraba. Siempre lloraba. No quería separarse de mí ni un minuto. (Cabecea y cierra los ojos)

ANA: Se durmió. Creo que se durmió. (Se agacha para observarla mejor)

SARA: Mirá vos. Las vueltas de la vida.

ANA: ¿Qué decís?

SARA: Las vueltas. Porque la Dora no quiere estar ni un minuto aquí, pegada a su mamá.

ANA: No es la mamá.

SARA: Vos creés esa historia?

ANA Por qué no? Dicen que el marido la trajo de chiquita...

SARA Sí, tiene cara de no haber tenido nunca hijos.

(le hace una seña a Ana) Dale, ayudame. (Toma unas velas)

Le ponemos las velitas alrededor, como si ella fuera la torta.

(Han empezado a acomodar las velas en semicírculo, a los pies de la vieja.)

ANA Te parece que vendrá hoy?

SARA Quién?

ANA La Dora.

SARA - Siempre viene. Es de las que no falta en los cumpleaños

ANA: Así dice la tía, que ella cumple en las fechas importantes.

SARA: La vieja le enseñó a cumplir, nada más.

ANA: ¿Y si le cuenta todo?

SARA: ¿A quién?

ANA: A la Dora. ¡A quien va a ser!

SARA: Que le cuente. Peor para ella. Se queda sin nosotras, sin nadie.

ANA: ¿Y nosotras?

SARA: Bueno.. nos quedamos sin ella.

ANA: Sara... va a ser difícil conseguir un lugar.

SARA: Siempre fue difícil.

ANA: Cada vez más. Yo no quiero volver a recorrer lugares...

SARA: ¿Quién quiere volver a pedir y a conseguir recomendaciones? Pero bueno, así son las cosas. Yo puedo volver a probar.

ANA: Yo no. Creo que yo no podría.

(Un silencio)

SARA: Te vas a quedar mirándola?

ANA -Parece Santa Juana en la hoguera.

SARA -Ahí, tendría que estar, quemándose hasta las cenizas. Dale, vamos, hay que aprovechar que se durmió.

ANA: No quiero salir otra vez.

SARA: Dale, acompáñame. Me ahogo aquí...este olor a mierda y naftalina me está matando.

(Empuja a Ana mientras se despide irónicamente) Feliz cumpleaños, tiita.

(Las dos se vuelven y dicen a dúo, en un susurro.) Happy Birthday!...(Salen riendo muy bajito. La luz comienza bajar muy lentamente concentrándose en la figura de la vieja, mientras una música chirriante la acompaña. Hay un largo silencio. Ha quedado sólo la luz de las velas. La Tía se revuelve en el sillón como si tuviera una pesadilla. Se incorpora. Mira en derredor. Pega un gritito.)

. TIA - ¿Estoy muerta? (Mira a uno y otro lado. Llama) Ana!...Sara!
Se incorpora un poco más. Mira otra vez las velas) ¿Soy una Virgen?
Gracias, Dios mío, por recibirme en tu seno y bendecirme! Soy una Virgen.

(Transición) No, no es posible, no. (Llama) Ana...Sara!! (Busca sus remedios) Mis gotas...(Respira agitada) Si estuviera muerta no tendría que tomar mis gotas...y si fuera una virgen estaría inmóvil como una figura de yeso. (Llama) Ana...Sara! ¿Dónde están esas putitas?!

(Entran Ana y Sara)

SARA- Hola!

ANA- Llamaba?

TIA - ¿Dónde estaban?

SARA- Mirando la tele.

TIA- La tele! Esa basura!

SARA- Si a usted le encanta esa basura!

TIA - Sí, me encanta.
SARA- Entonces?
TIA - Quiero ir al baño!
SARA- Pero si ya fue dos veces.
ANA - Yo la llevé de mañana y Sara de tardecita, como siempre.
TIA - Ah, tenés razón. Entonces recién me toca mañana a las 8.45.
ANA- (Harta) Bueno, muy bien. Vamos a dejar que el día se termine sin festejar?
TIA- festejar qué? Me estoy muriendo?
ANA- No, si nunca estuvo tan vital.
SARA- Vital. Vio como se expresa Ana?
TIA - (De pronto, grita) Las velas! Saquen las velas!
(Ellas corren y las amontonan en la mesa)

SARA No quiere festejar?
TIA- Festejar? Quién quiere festejar? Nadie! Estoy arruinada. No tengo un peso. La gente decente se quedó sin un peso. Se terminó la beneficencia. Están despedidas!
(Un silencio. Se miran)
TIA- (Con una risita) ¡Que buen chiste!, ¿eh? Dónde estaban? ¿En algún zaguán dejándose hacer un hijo?
SARA- (Muy bajo) Qué vieja hija de puta.
ANA - Ya no hay zaguanes, tía.
TIA - La fulanas siempre encuentran un zaguán.
ANA- En este edificio no hay zaguán y en los otros tampoco, pero tienen un portero de uniforme. Lástima que te corre apenas te acercás.
SARA- A mí siempre me gustaron los uniformes.
TIA Y a mí! Ramón tenía puesto el uniforme cuando lo conocí.
SARA Debajo del uniforme siempre hay sorpresas. ¿Cómo era Ramón? Cuénteme, tía.
TIA- Quién te dio confianza a vos?
SARA Bueno, no se enoje. Venga a soplar las velitas!

TIA- Para qué?
SARA- Trae mala suerte no apagar las velitas
ANA- Sople y pida un deseo!
TIA- A esta hora? Me toca a esta hora?
ANA- Para soplar no hay horas.

(La ponen de pie y la arrastran hasta la mesa)

SARA- Vamos, hay que hacer un poco de ejercicio ¡

TIA- Qué tengo que soplar?

SARA- Las velitas. Sople! Sople!

TIA - (La dejan frente a las velas y ella lo intenta) No puedo!No tengo aire!

SARA- Mentira, si a usted lo que le sobra es aire.

ANA – Si no puede las apago yo.

SARA- Esperate. Es su cumpleaños!.

ANA Sople?

TIA – Soplen ustedes, atorrantas.

SARA- Es un castigo no poder soplar las velitas de la torta.

TIA- Qué torta? Dónde está la torta?

SARA- Hay que imaginar, tía. A nosotras sólo nos alcanzó para las velas.

TIA Quién puede comparar una torta hoy día? Nadie! Y el diario? Nadie. Es una lástima perderse las necrológicas.

ANA- Bueno,muy bien. Ahora podemos seguir con la fisioterapia.

SARA- La doctora tiene todo previsto, vio?

ANA -. Vamos, una vueltita alrededor del cuarto mientras le contamos ese cuento que tanto le gusta.

TIA -Ya hice ejercicio hoy.

ANA- Vamos, hay que mover esas piernas para que no se pudran.

(Ellas la llevan casi arrastrando)

SARA- Había una vez dos niñas, muy buenas y muy lindas, que se perdieron en el bosque. No tenían padres porque habían nacido de un repollo mágico. Una tía muy buena, muy buena, las había educado con masitas y chocolate. Pero aquel bosque estaba lleno de árboles, como todos los bosques, y acechaba un leñador que no perseguía lobos sino niñas para violar y descuartizar. Ese día, en el bosque...

TIA -(Agitada y ahogada) Ese no, no me gusta.

SARA – (Prosigue) Ese día, en el bosque, se encontraron frente a frente con el leñador asesino.

ANA -Psicópata, asesino y malviviente.

SARA- Ana se acuerda bien. Ese tipo, el leñador, se acercó a las niñas y con una sonrisa las invitó a su casa a comer chocolate...Ellas vacilaron, pero se miraron con expresión golosa recordando el chocolate con que las invitaba la dulce tía. Aceptaron la invitación y una vez allí, las ató a una cama, las violó y las descuartizó.

ANA- Antes averiguó dónde vivían y consiguió la dirección de la tía buena.

SARA- Eso. Anita tiene buena memoria. Con la dirección de la tía, el leñador asesino después de meter las manitos, los bracitos, las piernitas y las cabecitas de cada una en una bolsa, corrió a la casa de la tía, diciendo que traía noticias de sus sobrinitas.

TIA- No quiero oír más.
(La dejan caer en el sillón de ruedas)

ANA -En realidad en vez de noticias traía dos bolsas llenas y una vacía...adivine para quién?

SARA - Para la tía. Así que saltó sobre ella pero no se ilusione, no la violó, la descuartizó en un santiamén.

TIA- (Sin fuerzas) Basta!...no me gusta ese cuento.

SARA –Cuál quería esta vez?

TIA- (Agotada) Hay que cerrar bien la puerta...y las ventanas. Matan por un peso y si una no tiene un peso igual la matan.

ANA – Se siente bien?

SARA- Parece que se durmió. Viste? Los cuentos la ayudan a dormir.

ANA - Parece agotada. Habrá caminado mucho?.

TIA (Con un hilo de voz) Tomé las gotas? (Su cabeza va apoyándose en el respaldo del sillón)

ANA- Duérmase, duérmase.

SARA- Cerró los ojos.

ANA- Mirá. Ahí tiene la otra llave

SARA- Cual?

ANA - La del candado de la heladera.

SARA- Dónde?

ANA- Ahí , colgada al lado de la medalla de la virgen.

SARA- No le arranques la cadena que se va a despertar.

ANA -(Después de una pausa, casi para sí.) Está todo cerrado acá.

SARA – Menos la puerta de calle. Si conseguimos algo en otro lado, un trabajo....

ANA- (Se lleva las manos a los oídos) ¿Cuándo vas a parar?

SARA Vos sí podés. Escribís con pocas faltas y hablás bien. A veces, decís palabras que suenan de una manera. Si hasta yo hubiera podido enganchar con Bermúdez, te acordás? El abogado, el peladito de bigotes. Yo le dije: si no le sirvo le hago la limpieza de la oficina. Pero a él se le dio por arrinconarme contra el escritorio. Estaba sudado , me respiraba en la cara. No quería, no me gustaba.. Pero él me empujó la cabeza hasta la bragueta. No me gustás, viejo podrido, le grité. (Ríe) Lo dejé pegado. Cuando salí las dos secretarias me miraron con una cara. Bueno, no sé si estaban asombradas. Me parece que ellas habían pasado la prueba.

ANA- Ya me lo contaste.

SARA Y si compramos ropa y salimos a vender? Yo cargo con las bolsas, soy tu ayudanta...y claro pongo el capital.

ANA: ¿Qué capital?

SARA Bueno, al principio no se necesita capital. ¿Te acordás de Maruja, la que trabajaba en casa de los Márquez?

ANA: ¿Otra vez?

SARA: (Sin escucharla) Maruja vende por las oficinas y le va muy bien.

ANA: ¿Otra vez? ¿Pensás probar otra vez, Sara? ¿Te olvidaste de lo que pasó antes de llegar acá?

SARA: Todos no van a ser como ese hijo de puta. No quiso darme la mercadería. Tenía miedo de que no le pagara....¡y ni siquiera era el dueño! Parecía que la fábrica era suya. tenía miedo de... (la rabia la ahoga) ¡Qué lo tiró, mirá que hay miedosos! Quería papeles y más papeles. Referencias, decía. Y después, garantías. Que lo tiró... como para salir a flote. Ni una mano te dan. Están llenos de miedo.

ANA: (Tranquilizándola, suave) La tía no va a contar, vas a ver. Una quiere comer, nada más. Tener un techo, Comer.

SARA: Tiene que haber algo afuera... algo para nosotras.
ANA: Estamos bien acá. No va a pasar nada, ¿verdad, Sara?
SARA: Un trabajo afuera...(Murmura) Un trabajo nada más.

(Una pausa. Están muy juntas. Ana apoya su mano en el brazo de Sara)

ANA: Sara...¿Oís? ¡Sara!
SARA: ¿Qué pasa?
ANA: Alguien quiere abrir la puerta.
SARA: ¿Dora?
ANA: Es como el diablo ésa. La nombramos y asoma la cola.
SARA: Agarrá el cofre. (La empuja) Escondelo donde puedas.

(Ana va hacia el cofre. Sale apresuradamente. Sara comienza a hamacar a la vieja y tararea el arrorró. Entra Dora con las llaves en una mano; en la otra una chismosa con cuadernos y una botella en papel floreado)

DORA: ¡Hola!

(Sara la saluda agitando la mano, mientras sigue cantando)

DORA: ¿Durmiendo a esta hora?
SARA: Es como una nena.
DORA: Mamá, feliz cumpleaños. Mamá...
SARA: A cualquier hora se hace una siestita.
DORA: Tiene suerte. Qué chochera. Su vida es una gran siesta.
ANA: (Entrando apurada) Hola. Pensábamos que ya no venías.
DORA: Ojalá fuera tan fácil...venir. Siempre pasa algo. Estoy muerta.
(Se sienta y suspira)
ANA: ¿Mucho trabajo?
DORA: Loca estoy . Voy a volverme loca. tengo montones de cuadernos para corregir. (Abre la chismosa y empieza a sacar cuadernos forrados de azul) ¿Alguien tiene una birome roja? (Busca en su cartera) Hasta ayer tenía una birome roja por aquí... pero esos monstruos lo revuelven

todo ... ¡hasta la cartera! ¡Ayer encontré a dos metiendo las manos aquí!
¿Qué me cuentan? Empiezan de chiquitos. Llegan a tercer año de escuela
y empiezan a robar.

SARA: ¡Qué manera de educarlos!

DORA: Nadie los educa, querida, ése es el problema. Nadie tiene tiempo de
nada. Decime a mí, que apenas tengo tiempo de
poner un “visto” grandote en estos cuadernos. Pero tengo que ponerlo, hoja por hoja,
tengo que ponerlo, porque si no me bajan el puntaje

(Se pone de pie, da unos pasos y mira a la Tía. Se vuelve)

DORA: Estoy muerta... y necesito levantar el ánimo. Servime un whisky. (más
bajo, confidente) Para peor tuve líos...líos en casa, con Eduardo. (Pausa,
las mira. Sara y Ana no saben qué decir) ¿Qué les pasa?

ANA: ¿Un whisky?

DORA: Sí, uno grandote, del que le regalé a mamá.

SARA:(Para de hamacar a la vieja. traga saliva) Bueno, no hay más. Usté conoce las
costumbres de su mamá, ¿no? Todos los domingos antes del almuerzo,
uno o dos “whiskys”, así que...no hay más. Se terminó. Ni una gota hay.

ANA: De a poquito, parece mentira. Ella sola, ¿vió?

SARA:Sola. Y aunque no lo crea, nunca estuvo mejor de la presión.

DORA: (Con una risita) ¡Así que se tomaron el whisky!

ANA: Nosotras, no, se lo juro. (Se besa los dedos en cruz)

DORA: (Divertida) Ella y ustedes, ¿eh?

SARA: Hace un mes que le regaló la botella y después nunca más volvió. Usté
no volvió.

DORA: Parecés mamá vos.

SARA:Yo digo nomás.

DORA: Bueno, santurronas, qué problema se hacen. Una copita de vez en cuando
no le hace mal a nadie. Ni a mamá, parece.

ANA: Yo digo, ¿no? Sobre todo con este frío. Fíjese que ella no nos deja prender
estufas.

DORA: Muy bien. Aquí está el nuevo regalito. (Les tiende la botella envuelta en
papel floreado)

SARA:¿Una botella?

DORA: Pierde la chaveta por este whisky...¿Qué otra otra cosa iba a regalarle? también le gusta el anís, pero yo lo odio. Dale, serví para todas. No va a enojarse si empezamos a festejar.

ANA: (Lo desenvuelve) ¿Con hielo?

DORA: No, puro es mejor. Es del bueno, che. Se lo compré de contrabando al esposo de Chela, la maestra de cuarto. Tiene suerte Chela; el marido está ganando bien con la mercadería que coloca en la escuela y en las oficinas. Se compraron una lavadora divina, programada.

SARA: No tenemos nada salado.

DORA: No importa.

ANA: (le tiende un vaso) Serví doble. ¿Está bien así?

DORA: Con eso basta. (Toma el vaso, bebe. Luego sigue revolviendo en su cartera) Mirá una birome. ¡es un milagro! Siempre las pierdo, una tras otra... las meto aquí y la gran boca masticadora chaca chaca chaca... (transición) Pero aquí hay otra, ¡nuevita! Vení para acá, Ana. Sentate y ayudame. Vení (Ana se sienta al su lado. Dora le da un cuaderno) ¿ves? hay que poner una “ve” grandota con una puntito. Una v de vaca. “Visto”, eso quiere decir. “Visto”

SARA: Ella hubiera querido ser maestra, ¿sabe?

DORA: ¡No digas! ¡Así que te salvaste!

ANA: (Con la birome) “Visto”...¿lo hago bien?

SARA : Tiene linda letra....¡en cambio yo! Y se le pegan todas esas palabras raras que escucha por ahí.

DORA: ¡Se salvó de una! Corregir cuadernos no es el mayor drama. Hay que estar ahí, en la escuela, luchando con treinta charrúas, combatiendo los piojos, peleando con la Directora.

SARA: A ella le gustaría, yo sé.

ANA: No. Creo que tendría miedo.

DORA: Dan miedo esos monos chiquitos. Revuelven mi cartera y se roban mi monedero. Creo que tienen hambre. Un día van a comerme cruda.

SARA: A ver...¿no me deja a mí hacer una “ve” grandota?

DORA: Claro. Vení, hacela. Corrijan tranquilas, mientras yo voy a vichar a mamá.

(Sara y Ana toman los cuadernos. Corrigen sobre la mesa)

ANA: (A Sara) Así... tiene que ser mayúscula. ¿ves? Una “ve” mayúscula. (Garabatea algo y se lo muestra a Sara)

DORA: (Junto a al vieja) Mamá ... ¿vas a dormir todo el día? (La sacude) ¿Un güisquico? Vamos a festejar, mami.

TIA: (Despertando) ¿Sos vos Dora?

DORA: Claro, quién va a ser.

TIA: Sos vos...¿sola? ¿Viniste sola?

DORA: Eduardo no quiso venir. Tuvimos un gran lío anoche.

TIA: ¿Otra vez?

DORA: Peor que los otros. El teléfono llamó tres veces.

TIA: ¿El teléfono?

DORA: Sí, el teléfono. Levantaba el tubo y apenas decía hola... “Clic”, cortaban. No querían hablar conmigo.

TIA: ¿Y con quien querían hablar?

DORA: Qué pregunta, mamá. Con Eduardo. No se necesita ser Sherlock Holmes para adivinar el jueguito. Esa mujer –porque era una mujer- quería hablar con Eduardo.

TIA: Dora, por favor, ¿vos sabés cómo andan los teléfonos!

DORA: Estoy loca, ¿no? Soy muy imaginativa, ¿no?

TIA: ¿Hablaste con ella? ¿Escuchaste su voz?

DORA: Ya te dije que colgaba...pero la última vez demoró un tiempo en colgar. Me quedé con el tubo un rato y escuché

TIA: ¿Qué escuchaste?

DORA: Un silencio. Un silencio típicamente femenino.

TIA: ¿Y él que hacía?

DORA: Nada. Quiso ir hasta el teléfono un par de veces, pero le gané de mano.

TIA: No hay pruebas, como siempre. Nunca tenés pruebas.

DORA: Era una mujer. Llamaba para concretar algo. Una cita clandestina, estoy segura.

TIA: ¡Quien va querer citarse con Eduardo!

DORA: ¡Nadie! Yo tuve la feliz ocurrencia de citarme con él para ir al registro Civil.

TIA: Vos, nada más.

DORA: ¿Empezás de nuevo, mamá? ¿Querés volverme loca?

TIA ¡Ja! Otra mujer no va a equivocarse tanto.

DORA: No pude darme cuenta a tiempo. Me clavé, como vos.

TIA: ¿Qué querés decir? Ramón era un santo.

DORA: ¿Papá un santo ¿ Lo conociste poco, parece.

TIA: No empieces a echar barro sobre su memoria.

DORA: Hablás como en los teleteatros.

TIA ¿Qué tenés que decir de tu padre?.

DORA Vos sabés bien. Fue nuestro carcelero.

TIA Mentís. Ramón sólo quería poner orden.

DORA Un hijo de puta. En casa y afuera, ¿ya te olvidaste?

TIA: No voy a permitir que hables mal de tu padre. La disciplina y el orden son necesarias adentro y afuera de una casa, decía.

DORA: Ese es el pretexto: orden, disciplina, orden.

TIA El orden trae la felicidad.

DORA: ¿Qué defendés? ¿Qué defendés todavía?

TIA: Qué sabés vos. Qué sabés de nosotros. ¿no viste cómo me habla? Me quiere. Todavía me quiere.

DORA: ¿Qué decís?

TIA: Nos quiere. Dice que podemos estar tranquilas y seguras. Nada nos va a faltar. Nos quiere y nos protege.

DORA: Se murió. Nadie nos protege, mamá.

TIA: (Grita) No quiero estar sola.

DORA: Yo tampoco. Pero de qué sirve un marido que nunca está en casa y cuando está ni te mira.

TIA: (Tironeándola, susurra) Tengo miedo. Me roban. Ellas me roban.

DORA: Siempre te roban. Una vez te pedí plata y al tiempo te la devolví, pero seguiste reclamándome la plata. Peso tras peso te fui devolviendo. ¿Te olvidaste? Parece que querías cobrarme intereses.

TIA: No quiero quedarme sin nada...sin un peso (ahoga un sollozo) Quien va a quererme sin un peso.

DORA: Vamos...¿te vas a poner a llorar ahora? (Dora va hacia la botella. Vuelve a servirse).

TIA: Cada vez menos...venís cada vez menos.

DORA: ¿Vas a llorar justo hoy, el día de tu cumpleaños? (Ahora va y toma un almohadón. Lo deja caer junto al sillón de la vieja y se sienta)

TIA: (Se seca las lágrimas) ¡Mi cumpleaños! ¡Cómo mienten!

Así que hoy es mi cumpleaños. Inventan cosas, les gusta inventar. Inventan...porque yo siempre cumplí en verano. Un día de sol, me acuerdo bien. Papá me regaló un abanico pintado al óleo.

DORA: (Juguetea con el vaso, mientras deja escapar su protesta con tono burlón) Al óleo, sí. Yo tengo la vida pintada al óleo ¿sabés? (Toma un trago) Con los colores más negros. A mí sí me mienten. Todos los días me trago una mentira como si fuera una vitamina. Tendía que estar gorda como una vaca. (Bebe otra vez)

(Musica: “Sobre las olas”. Crece lentamente y queda muy suave de fondo)

TIA: Me gustaba llevar el abanico a los bailes. Asomaba los ojos por encima del abanico, y dejaba que me piropearan.

DORA: Sí, al principio te piropean, pero después se agotan los poemas y empiezan a quejarse. Quieren ropa limpia, comida y una casa sin polvo. Como si una hubiera instalado un hotel con pensión completa. Yo no tengo ni una aspiradora. No tengo una lavadora programada como Chela. Yo soy la alborotadora, la que siempre tuvo que rendir cuentas, primero a un viejo postizo, después a un marido mentiroso. ¿Qué se piensa?

TIA: En un baile conocí a Ramón. Tenía puesto el uniforme y me miró con aquellos ojos...qué mirada.

DORA - Te miran , te desvisten con la mirada y después...te arrastran a una cama y te lo hacen una y otra vez...y te archivan.

TIA -(Sonríe) Ramón me lo hizo una noche. Grité de dolor y me pegó...me pegó y después lloré. Pero tenía razón...el marido manda...el marido exige...el marido da todo.

DORA- Pegar y exigir, ¿no? Es un buen lema. Eduardo se parece al viejo. También le gusta pegar, exigir y gritar. Hablá...qué hiciste? Había que rendir cuentas, decía el viejo. ¿Qué pasó en el colegio? Qué hiciste hoy? Y después de una salida. Hablá...qué hiciste? Preguntas y gritos. A mí y a los desgraciados que torturó. Sabés quién era papá?

TIA- No,no. Mentís. Siempre mentís. Desde chiquita imaginabas cosas.

DORA Estoy loca, ¿no? Yo también invento cosas.

TIA- En un baile conocí a Ramón. Papá me vigilaba desde un rincón, mientras fumaba su habano...y yo sentía la mano de Ramón en mi cintura mientras bailábamos aquel vals... (Tararea bajito)

(la música comienza a diluirse gradualmente.)

DORA.- Al principio música de fondo, como en las películas. Después, los mismos poemas que te dedicaron se los van a recitar a cualquier loca. Así son de creativos.

TIA.- Yo le dije que papá tenía que decidir...y él, muy seguro, dijo que no podía ponerle peros, que tenía un buen pasar, que nunca iba a faltarme nada.

DORA.- Nada. Te prometen todo...y después...nada. Qué te dio el viejo? No te dio nada! ¡Ni hijos!

TIA- De qué hablás?

DORA- De qué sirvió tu soldadito de plomo?

TIA -¿Y tu gris Eduardo, nena?

DORA- De nada, es cierto. Mi panza es asesina. No puede crecer nada ahí

TIA.- ¡Mejor! ¡Es mejor no traer hijos a este mundo!

DORA.- ¿Qué decís?

TIA.- Mejor. Todo eso te lo merecés.

DORA .- ¿Ese es el apoyo que me das?

TIA.- (Furiosa) ¡Estoy harta de apoyarte! ¡Ya no tengo plata, no siento lástima, no quiero darte nada!

DORA.- ¡Necesito que me escuches...!

TIA.- (Furiosa) ¿Y a mi quién me escucha? ¿Quién me apoya, quién me da plata cuando la necesito?

DORA.- (Va hacia al mesa, da un manotón a los remedios que caen al suelo.¡Moríte!
¡Moríte de una vez!

(Ahoga un sollozo y sale apresuradamente. Se escucha la puerta golpearse. La vieja queda jadeando. Deja caer el bastón. Sara se ha puesto de pie en un vano intento por detener a Dora . Ahora, Ana y Sara se miran sin saber qué hacer, qué decir).

SARA.- (Señala los cuadernos) ¡Se olvidó de todo la loca!

ANA.- Y bueno... vamos a seguir jugando a las maestras.

SARA.- Che... mirá la tía. Le va a dar algo.

(Las dos van hacia la vieja)

ANA.- ¿Se salvaron las gotas?

TIA.- No quiero nada. No me den nada.

SARA.- Habló. ¿La oíste, Anita?

TIA.- No voy a morirme todavía.

ANA.- Quién piensa en eso.(Empieza a recoger los remedios.)

TIA.- Dora. Ya la oyeron.

ANA.- Estaba nerviosa “Excitada”.

SARA.- Sus cosas no andan bien y claro...

ANA.- Pero usted no tiene que preocuparse.

SARA.- Claro, ya es grande, ¿no? Que se arregle sola.

ANA.- (Ahora levanta el bastón y lo observa) A veces cuesta arreglarse sin ... nadie.

Una lo sabe porque las pasó feas. (Le devuelve el bastón a la tía)

SARA.- Si le contaríamos, tía. Pero no. Hay cosas que no las podría creer.

TIA.- ¿Es mi cumpleaños hoy?

ANA y SARA.- Sí.

TIA.- Bueno... quiero un whisky...¡doble!

ANA.- Muy bien. Eso está muy bien.

SARA.- Al fin se decidió a festejar, ¿eh? (Ana sirve y le alcanza el vaso.) Un poquito para nosotras, ¿eh? ¿Podemos? Es mejor tomar acompañada.

TIA.- (Con pocas ganas) Está bien. Sírvanse.

ANA.- Es una santa la tía. (Ana sirve para las dos)

TIA.- Quiero que echen el pasador. Ella no va a entrar... aunque tenga llave.

SARA.- ¿Cómo? ¿Ahora no quiere dejar entrar a Dora?

TIAS.- No. No quiero

SARA.- Pero si usted misma le dio la llave.

TIA.- Le di la llave por si algún día ... (respira) Antes que ustedes vinieran yo estaba mucho sola. No quiero morirme con escándalo. No quiero que nadie tenga que romper la puerta de mi apartamento a hachazos para sacar mi cadáver.

ANA.- Qué cosas de decir.

TIA.- Además es una puerta de roble . ¿Saben lo que cuesta una puerta de roble?

SARA.- Zás, siempre los pesos!

TIA.- Sí, claro que le di la llave ...pero ahora no quiero verle la cara.

SARA.- (Mientras bebe) Una hija es una hija.

ANA.- (Mientras bebe) Una hija es algo sagrado. (Con una risita) Todos dicen eso.

TIA.- (Una pausa. Las mira fijamente) ¿Ya fui al baño?

ELLAS-Sí.

TIA – Ah...bien. (Las mira otra vez) ¿Ustedes piensan irse?

SARA.- Bueno, si usted no está conforme...

TIA.- No me importan los vueltos.

SARA.- (Codea a Ana y mira a la vieja) En realidad estuvimos haciendo planes. Queremos viajar.

TIA.- ¿A dónde? ¿A Hollywood?

SARA.- A Rivera... por unas compritas.

TIA.- ¿No escuchaste? ¡ No me importan los vueltos!

SARA.- ¿Qué vueltos?

TIA.- Vos sabés bien.

ANA.- ¿Quiere acusarnos de nuevo?

TIA.- Los vueltos no me importan, pero el cofre...

ANA.- El cofre está en el ropero, se lo juro.

TIA.- No me gusta que me roben Si necesitan plata me la piden.

SARA.- (Sarcástica) Qué generosa.

ANA.- ¿Por qué vamos a pedirle plata?

SARA.- (Con bronca) ¿Porqué? Porque cocinamos, limpiamos esta casa y todavía la aguantamos.

ANA.- ¡Sara!

SARA.- Es la verdá

TIA.- ¿Y el techo y la comida? ¿Ya no les importa?

SARA.- Las cosas cambian.

TIA.- El hermano Santiago dijo que no querían otra cosa que comida. Están hambrientas, dijo. Parecían dos esqueletos.

SARA.- Ana se conforma con comer. Yo no.

TIA -Siempre comiendo a escondidas. Creés que no la veo?

SARA.- Yo quiero comprarme ropa, jabones y un frasco de colonia.

TIA.- (Irónica) Mirá vos, para que cosas reclama un sueldo la revolucionaria.

ANA.- Págueselo a ella. Yo no quiero nada.

TIA.- (A Sara) ¿Y cuanto vale tu trabajo?

SARA.- Igual que el de un empleado público. Hacemos de cuenta que esta es una oficina, ¿eh?

TIA.- Mirá qué bien. ¿Sos secretaria titulada, vos?

SARA.- ¡De academia!

TIA.- El sueldo de un empleado, querés.

SARA.- Público. No quiero que usté me pague más que e l Estado.

TIA.- Qué razonable.

SARA.- No soy una aprovechadora

TIA.- ¿Qué opinás de ella, Ana?

SARA.- (A Ana) No debiste regalar tu trabajo.

ANA.- No quiero pelear.

SARA.- La tía está parlamentando. No piensa echarnos.

ANA.- Ya sé.

SARA.- No nos regala nada. Nos necesita.

ANA.- (Mientras toma un trago) ¿Nos necesita?

SARA.- No tiene a nadie.

ANA.- (Con una risita) ¡Cómo nosotras!

SARA.- Estamos iguales. Por eso parlamentamos., ¿eh?

TIA.- ¿Iguales a mi? ¿Ustedes?

SARA.- ¿Vio? La vida tiene esas cosas. Nosotras, sin un peso, de mucho parlamento con usté.

TIA.- Dame otro whisky.

(Sara la sirve).

Sara.- ¿Nos paga otra vuelta?

TIA.- Sí... doble. Estoy generosa.

SARA.- Gracias, tía (Sirve más.)

TIA.- ¿Viste? Yo doy las órdenes, ustedes me sirven. Iguales no.

SARA.- (Con una risita) ¿Para qué quiere el trono?

TIA.- ¡Para mandar!

SARA.- No pierde las mañas, ¿eh?

TIA.- ¿Para qué tengo plata?

SARA.- Para mandar, tiene razón. Sin plata nadie estaría escuchándola.

ANA.- No sirve de mucho la plata, ¿vivo? Al lado suyo no está la Dora; estamos nosotras.

SARA.- Por fin, Anita, pensé que te habías vendido.

ANA.- Te equivocaste. La tía me dio un lugar... y yo no quiero perderlo. Pero la tía no es mi mamá.

TIA.- ¡Por suerte!

ANA.- Al principio, cuando llegué, yo no pensaba más que en comer. ¡El estómago me hacía unos ruidos!... Pero de a poco empecé a acostumbrarme... y a caminar más segura, sin miedo a caerme. Nunca me sentí tan segura, Sara

SARA.- Es cierto que nos quedamos con los vultos, pero casi siempre fue para comprarnos bizcochos.

ANA.- Siempre voy a la panadería a esperar que salga el pan. (Respira evocándolo) Me gusta el olor del pan recién salido del horno.

SARA.- (Observando a la tía) Es cierto que no somos iguales. Usted siempre tuvo el estómago lleno.

ANA.- (Con una risita) Es increíble lo que come. Se llena de remedios nada más.

TIA.- (Algo mareada) Y vos no parás de comer. Ya no tenés hambre y no parás.

ANA.- (Con una risita) No puedo parar. Es cierto. Quiero comer y guardar. Guardar en una joroba como los camellos.

SARA.- Vos siempre con cosas raras. ¿Quién va a llevarle el apunte a una jorobada?

ANA.- Nadie, pero nunca me va a faltar comida mí, vas a ver.

SARA.- No, pero te va a faltar un hombre. Te lo doy firmado.

ANA.- ¿Para qué quiero un hombre yo?

TIA.- (Mareada) ¿Y yo?

SARA.- Yo sí, che. Me muero de tristeza sin uno.

ANA.- Mamá también se moría de tristeza... y entonces aflojaba.

SARA.- Por lo menos tenés de que acordarte. Mi vieja está muerta. Siempre estuvo muerta.

ANA.- ¿Cómo muerta? Si venía a visitarte.

SARA.- Una vez al mes. Se lo pedía la madre Aurora.

ANA.- Pero venía, por lo menos, venía.

SARA.- ¡Qué joda! Siempre apareció para agarrarme de la mano y meterme de cabeza en algún lugar.

ANA.- Por lo menos...

SARA.- De cabeza, para desaparecer después. De cabeza, me metió en lo de los Suárez. “Pasá nena, no seas tímida. Dame un beso.” Ella me sonrió con aquella boca llena de dientes. “Vamos a ser amigas, ¿no?” decía, sonriendo siempre. .”Si te portás bien te regalo ese vestido. ¿Te gusta? (Mordido) Carajo. ¡Qué familia! Se presentaron como los más buenos del mundo y terminaron acorralándome en el altillo. Una trompada, como un hombre, me dio la delicada señora Suárez, mientras chillaba que le devolviera el anillo.

ANA.- Así son todas.

SARA.- Parecía un pájaro, mientras me pegaba y saltaba con sus patas flacas, reclamando cosas. . Y después, llamó a la policía, mientras el señor Suárez me tenía bien sujeta, contra el piso, para que no me escapara.

TIA.- (Sonriendo) Me escapé con Ramón una noche...

SARA.- Escuche, tía. Un anillo y una pulsera les saqué, nada más, para ir al baile. Los iba a devolver, se lo juro..

TIA.- (Con una risita) ¡Ya nadie cree en nadie!

ANA.- No te creen y no se puede andar de casa en casa.

SARA.- No poder volver a la tuya, eso es lo peor.

ANA.- ¡Cómo para volver!

SARA.- Contale a la tía, Ana. (Con bronca) Contale lo que hizo aquel tipo después que tu vieja se durmió.

ANA.- (Bruscamente) Yo no voy a contar, ¿Oíste? (Agitada) ¡No quiero contar nada! ¿Para qué? ¿Para divertir a la vieja? ¡A mí no me gusta contar! (Ahoga un sollozo) No voy a volver y listo. Nunca más voy a volver. ¿oíste? ¡Nunca más!

SARA.- (Se acerca a ella, le pasa un brazo por los hombros) Pará, que nadie quiere joderte. No cuentes sino querés. No te pongas triste, Anita. Dale, portate como una mujer. Dale, ¿eh? Ya no sos la nena que me presentó la madre Aurora. Dale, animate. ¿Y si organizamos un bailongo? (Más alto) ¿Qué le parece, tía? ¿Nos va a dar permiso para ir a los bailes?

TIA.- (Con una risita) Al baile, si. Vamos todas al baile. ¡Papá ya me dio permiso!

SARA.- ¡ Seguro, a bailar todas!

TIA.- ¡Un vals, yo quiero bailar un vals!

SARA.- ¡Alegría, en casa está faltando alegría! Dale, vamos a bailar, Anita. (Va hacia la ella. Vamos, arriba, como si estuviéramos en los festejos de nuestro quince...la orquesta tocando y allá todos mirándonos y nosotras de blanco, como novias, bailando, bailando...

(Comienza a subir una música que acompañará ese baile patético y espectral. La música tiene un aire romántico pero va distorsionándose lentamente, a medida que ellas bailan y juegan. La vieja se pone de pie e intenta bailar. Hay gran jolgorio. Ahora todas ríen, incluso Ana. Sara va hacia la vieja y gira con ella pasándola a los brazos de Ana. La tía da unos pasos de baile con Ana, pero ésta la deja para volver a bailar con Sara. Mientras ellas bailan, la vieja continúa bailando su vals. De pronto, abre la boca como si quisiera llenarse de aire y cae al suelo. Ana y Sara dejan de bailar aunque la música sigue de fondo. Las dos se arrodillan junto a la vieja, sin saber que hacer. Sara extiende su mano sobre la boca abierta de la vieja.)

SARA.- Tía, no se nos muera justo ahora...

ANA.- No puede ser...

SARA.- Me parece que... no respira.

ANA.- (Sacude a la vieja) ¡Tía, por favor, vamos a bailar!

(Un silencio, Sara y Ana intercambian una mirada de miedo. Las luces decrecen hasta la oscuridad total.)

ACTO II

(Las luces caen sobre el sillón hamaca y luego se expanden gradualmente por el escenario vacío. Se escuchan voces adentro. Entra Ana, con la pañoleta de la tía en sus manos, enseguida Sara. Ana camina hasta el sillón y lo empuja suavemente hasta hacerlo balancear. Un silencio. No saben qué hacer, qué decir. Sara se deja caer en una silla, junto a la mesa.)

SARA.- Está muerta. El espejito no se empañó.

ANA.- ¿Estás segura?

SARA.- ¿Querés engañarte?

ANA.- Morirse justo ahora.

SARA.- Se ahorró mi sueldo.

ANA.- (Se lamenta) Debimos masajearle el corazón.

SARA.- No somos de la Coronaria.

ANA.- Cuando no te echan, se mueren.

SARA.- Y ésa es otra forma de echarnos, ¿no?

(Un silencio. Se miran. Ana juguetea con la pañoleta)

ANA.- Estuve pensando mucho.

SARA.- ¿En qué?

ANA.- Mientras vos corriste a preparar los bolsos yo me quedé con ella, ¿sabés?

SARA.- Qué entretenido. ¿De qué hablaron?

ANA.- De este ligar.

SARA.- ¿Ah, sí?

ANA.- Ella me miraba en una forma... pidiéndome que me quedara.

SARA.- Alguien debió cerrarle los ojos. Parece una muñeca con los ojos abiertos.

ANA.- Ella quiere que me quede aquí, en su lugar.

SARA.- No digas. Conmigo también estuvo muy generosa. Sus ojos decían “podés llevarte mi cofre nomás”.

(Otra pausa. Ana recoge el bastón, lo observa un instante y luego lo coloca sobre el sillón.)

ANA.- La tía no quería echarnos.

SARA.- Por poco te parte el bastón en la espalda. ¿Te olvidaste?

ANA.- Quería que nos quedáramos.

SARA.- Para que la cuidáramos. Pero ahora no necesita que la cuiden.

ANA.- Mira vos... ¡la muerte tuvo que jodernos!

SARA.- ¿Qué decís? La jodió a ella, no a nosotras.

ANA.- A nosotras también. ¿Qué vamos a hacer? ¿A dónde vamos a ir ahora?

(Se miran. Nueva pausa.)

SARA.- La muerte. Pensar que de chica yo jugaba a los muertos.

ANA.- Ojalá estuviera jugando.

SARA.- Hacía flores de papel y jugaba a los entierros. ¿Vos nunca te hiciste la muerta de chica?

ANA.- No sé...

SARA.- ¿Te olvidaste?

ANA Borré todo. En la escuela la maestra pasaba el borrador y listo. Me parece que yo hacía lo mismo.

SARA.- Yo a vos te imaginaba jugando a las visitas, con tacos altos, y sombrero, haciéndote la señorona.

ANA.- (Titubea) Creo que... recortaba fotos y las pegaba en un cuaderno.

SARA.- ¿Fotos? ¿de quién?

ANA.- De artistas... me parece.

SARA.- (Con una risita) Así que te daba por ahí. Yo meta hacer flores y vos recortando fotos de galanes, seguro.

ANA.- Sos loca. A mi me gustaban las artistas de cine. Las que salían con pieles.

SARA.- Yo hacía flores con papel de diario y vos pensabas en pieles.

ANA.- Flores con papel de diario. ¿Para qué?

SARA.- Para venderlas. En casa hacíamos coronas... y la gente del barrio las compraba. Las más baratas tenían flores de papel de diario.

ANA.- Nunca vi una corona con flores de papel de diario.

ANA.- Si hubieses ido a un velorio de mi barrio las hubieras visto.

ANA.- ¿No mentís?

SARA.- (Con una risita) A veces te ponías a mirar las flores y te enterabas de la renuncia de algún Ministro.

ANA.- Eran muy informativos tus velorios.

SARA.- De tanto hacer flores terminé haciéndome la muerta. A las chiquilinas les encantaba jugar a los velorios.

ANA.- ¿Y a vos?

SARA.- No sé...pero yo me acostaba en el suelo, con las manos así, cruzadas en el pecho... y las chiquilinas me rodeaban de flores... y un día me pusieron velitas y en eso

apareció mamá. Qué lío se armó. (Sonríe con cierta tristeza) Mamá me cazó del pelo y empezó a pegarme. Gritaba porque habíamos gastado las velitas...estaban viejas y dobladas porque ya las habíamos usado en mi torta de cumpleaños, pero ella quería volver a ponérselas a la Elsa. Tanto lío para nada. No pudo usarlas. La Elsa se murió sin cumplir... capaz que de miedo, porque a ella también la iban a dar.

ANA.- Yo hubiera querido que me dieran...

SARA.- ¿Qué decís?

ANA.- Me escapé... Una noche no pude más y salí corriendo. No podía parar de correr

SARA.-¿Por qué?

ANA.-A veces empiezo a acordarme del cuarto y me vienen las mismas ganas de correr.

SARA.- ¿Te escapaste?

ANA.- Creo que arriba, en el techo, había dos ojos... como los de la tía... y me miraban. Estaban ahí mirándome, cada vez que ese tipo se metía en mi cama.

SARA.- ¿Qué tipo?

ANA.- Mi viejo. Creo que a veces también mi viejo... porque él volvía y se quedaba cuando tenía trabajo.

SARA.- Una historia muy vieja, Ana.

ANA.- Seis pasos... los contaba en la oscuridad...seis pasos separaban la cama donde dormía mamá de la mía. Apenas ella se dormía él apagaba la luz... y yo me quedaba muy quieta, esperando. Escuchaba sus pasos... y después sentía su cuerpo a lado del mío. Yo me mordía los labios, me los mordía muy fuerte para no gritar y no despertara mamá... y los labios me sangraban pero no gritaba.

SARA.- No cuentes si te hace mal.

ANA.- ¿Los ojos eran de mamá? Estaban siempre allá arriba ya veces parecían echar luz sobre nosotros... para que todos nos vieran. (Está muy agitada, camina hacia el sillón)

SARA.- ¿Te sentís mal?

ANA.- No podía parar de correr. Caminé semanas... iba de un lado a otro...entonces empezó a crecerme la joroba.

SARA.- ¿Qué decís?

ANA.- La joroba, para no morirme de hambre.

SARA.- Vos no tenés ninguna joroba. Tenés una espalda derecha como la de una modelo.

ANA.- (Angustiada) Yo no quiero irme de acá, Sara.

(Se acomoda en el sillón, se cubre con la pañoleta gris de la vieja)

SARA.- ¿Y cómo vamos a hacer?

ANA.- ¡Este es mi lugar! No quiero perderlo. (Ana da un golpe seco con el bastón)
¡Mirame!

SARA.- (Con cierto asombro, después de una pausa) ¿Qué querés hacer?

ANA.- La tía va a seguir asomándose a la ventana. Los vecinos no van a dejar de ver a la tía.

SARA.- ¿Y la Dora?

ANA.- No le abrimos. La tía ya no quería verla.

SARA.- Estás loca.

ANA.- “Me gusta saludar a los vecinos. La Señora López tiene por costumbre regar las plantitas de su ventana y yo quiero aprovechar para preguntarle por la salud de su hermano”

SARA.- ¡Salí de ahí!

ANA.- Ya es hora de desayunar, ¿verdad? Me tomaría un buen café con leche con mucho pan mojadito. (Sonríe) Va a hacer una linda mañana (Tararea bajito el vals de la tía)

SARA.- (Muy tensa) No voy a prepararte nada. No soy tu sirvienta.

ANA.- Todo va salir bien, Sarita. No tengas miedo.

SARA.- (Va hacia ella. Le arranca la pañoleta con furia y desesperación) ¡No sigas!
¡Basta! ¡No sigas! Sos vos la que tenés miedo.

ANA.- (Se pone de pie y trata de recuperar su chal) ¿Qué hacés, Sara? ¿Por qué querés echarlo todo a perder?

SARA.- Terminá con el juego.

ANA.- Dame mi chal.

SARA.- No es tuyo.

ANA.- Dámelo.

(Ambas forcejean. Al fin, Ana se lo arranca. Vuelve a ponérselo.)

SARA.- (Todavía agitada, después de una pausa) Voy a buscar los bolsos.

ANA.- ¿Para qué?

SARA.- Vámonos, Ana.

ANA.- (Otra vez en el sillón, golpea con el bastón) ¡No quiero irme!

SARA.- No, no me hagas eso. No quiero que lo hagas.

ANA.- Vas a ver, Sara. Nadie se va a dar cuenta que ella no está. Vení , ayudame. Poneme horquillas.

SARA.- ¿Te parece que no se van a dar cuenta?

ANA.- Tenemos derecho a quedarnos,¿no?

SARA.- No sé.

ANA.- No es fácil conseguir otro lugar.

SARA.- (Le recoge el pelo y comienza a sujetárselo con horquillas) ¿Tenés mucho miedo, Ana?

ANA.-Sí.

SARA.- ¿Por qué?

ANA.- Estoy cansada.

SARA.- ¿Y el cuerpo? ¿Qué vamos a hacer con la tía?

ANA.- (Soñando) No te preocupes. Va a convertirse en polvo, vas a ver.

SARA.- (Malhumorada) ¿Pensás licuarla?

ANA.- En polvo... como decía la hermana Aurora. Si ella se convierte en polvo nosotras seríamos felices.

SARA.- Pasaríamos la aspiradora y adiós preocupaciones.

ANA.- La hermana Aurora siempre decía que la felicidad empezaba cuando volábamos como el polvo.

SARA.- Eso no es real. Vos sabés bien lo que pasa antes de que la carne y los huesos se hagan polvo.

(Una pausa. Se miran. Ana comienza a sollozar muy bajito. Sara la observa; después comienza a caminar rodeando el sillón, intentando convencerla con argumentos que no cree. En cierto modo ella también opta por los sueños.)

SARA.- No tengas miedo, Ana. No llores. Tenemos el cofre, ¿sabés? Vamos, Ana. Ahora es más fácil. Agarramos la plata, compramos la mercadería y empezamos a venderla. Antes pedían recomendaciones y garantías, pero ahora vamos a pasarles por la cara unos cuantos miles. ¿Qué te parece? Y me voy a dar el gusto de ir a comprarle al mismo tipo que la iba de dueño. Y se van a matar por darme más mercadería, vas a ver.

ANA.- Estoy muy cansada. No quiero salir.

SARA.- Nos compramos vestidos nuevos, vamos a la peluquería y después empezamos a ofrecer nuestra mercadería por las oficinas. “¿Qué tal este vestidito estampado? Es muy mono y barato, se lo damos en tres cuotas”. (Con una risita) ¿Qué te parece?

ANA.- No quiero salir.

SARA.- Y con tu labia, Anita, agarrás a una de esas que se pasan pintándose las uñas y le vendes cualquier cosa vos.

ANA.- (Grita. Golpea con su bastón) ¡No quiero salir!

SARA.- (Un silencio. La mira desolada. Luego se abraza ella). No me dejes sola, por favor.

(Otro silencio. Se escucha el ruido de la puerta de calle y la voz de Dora. Entra. Parece que estuviera borracha)

DORA.- ¿Hay alguien levantado?

(Sara se pone de pie expectante. Ana mira hacia la puerta llena de miedo)

ANA.- ¿Por qué no echaste el pasador?

SARA.- (Para sí) ¡La virgen nos ayude!

DORA.- Qué horas de venir, ¿eh? Pero dentro de media hora entro a clase y tengo que llevar estos malditos cuadernos. (Recorre el piso con la mirada) ¡Dios! ¡Parece! Que les hubieran crecido patas! (Se arrodilla y comienza a recogerlos) Vení, Sara, ayudame. Se me hace tarde. (Sara va junto a ella, la ayuda) ¿Estás bien, mamá? Mejor no discutimos, ¿eh? Porque esta loca que imagina cosas- como vos decís- se encontró con una linda sorpresa. Eduardo se mandó mudar. Se llevó toda la ropa. Quién sabe si vuelve. (Ya no gatea. Se apoya en Sara) ¿Qué me contás, Sara? Estoy medio dopada, ¿sabés? Me tomé tres pastillas. No sé qué voy a decir en la escuela.. Cuando me vean así esos charrúas van a masticarme... porque hoy no tengo fuerzas ni para dar un solo grito. ¿Y vos sabés lo que le pasa a una maestra que no grita? ¡Se la comen! Pobre de mí. Masticada por Eduardo y por los indios. Hoy llegó el fin de Dora, como en las películas. (Ha recogido los cuadernos, los mete dentro de una bolsa de plástico y se pone de pie. Se alisa la ropa. Echa una mirada vaga) Chau...arréglense como puedan.

(Sale apresuradamente, pero con el mismo caminar errático. Hay un largo silencio.)

SARA.- Apenas te miró, ¿viste?

ANA.- (Casi para sí) No se fue con otra. Lo hartó, estoy segura.

SARA.- (Con una risita, suspira) Así es la vida. Creo que nunca miró a su propia madre.

ANA.- (Respira) Tengo hambre, mucha hambre. ¿Cuándo vas a prepararme el café con leche? (Un silencio, Sara está tensa) Ya está pronto, ¿eh? Y vas a traérmelo con mis medialunas dulces. Vamos, vení a desayunar conmigo mientras charlamos un rato. No pienso rezongarte si mojás las medialunas en el café con leche. ¡Yo nunca pude resistirme!

SARA.- (Neutra) No voy a tomar nada.

ANA.- Igual sentate aquí, a mi lado.

SARA.- (Va hacia ella, se arrodilla junto al sillón, le toma una mano) Ana... no podés seguir. Ella está ahí, muerta. El olor va a crecer y crecer y pronto van a venir todos.

ANA.- (Se desprende de su mano) ¿no compraste medialunas?

SARA.- Vos nos sos la tía.

ANA.- (La golpea con el bastón apartándola) ¡Quiero mi café con leche!

SARA.- (Quitándole el bastón) Tu café con leche...¿Para qué? Hay que irse, Ana.

ANA.- (Angustiada) Estoy bien, estoy cómoda, no quiero irme.

SARA.- Yo me voy. Tengo todo pronto, ¿sabés? ¡Me voy! (Un silencio, vuelve hacia ella) Si, claro, siempre supe que querías estar quieta y que te sirvieran. Siempre supe que le tenías miedo a la calle, a la gente ... y que preferías encerrarte...

ANA.- (Agitada) Dame las gotas...me siento mal.

SARA.- (Con súbita angustia) ¿por qué tenés tanto miedo? ¿Por qué me dejás sola, Ana? ¿Cómo voy a salir sin vos? ¡No me ates! ¡No quieras atarme! Ya sé que nos quedamos sin techo, ya sé que si se enteran que ella murió nos echan... pero vos no podés seguir jugando.,

ANA.- (Mientras jadea, agitada) Nadie va a sacarnos de aquí, ¿verdad? Las gotas, por favor... las gotas.

SARA.- (mientras pone las gotas en un vaso) ¿Te sentís mal? ¿No podés respirar?

ANA.- (Traga y después suspira. Un silencio) Estamos bien, así, ¿eh? Seguras. Tranquilas. Por fin voy a comer y a dormir...

SARA.- (Sollozando) Adiós, Ana.

ANA.- (Muy bajo, casi para sí, mientras se hamaca) Quiero dormir...dormir y comer...comer y guardar en mi joroba... comer y guardar... en mi joroba... comer y guardar...

(Las luces se concentran sobre ellas. Ana continúa hamacándose y Sara se acerca lentamente al sillón. De pronto se vuelve, toma su mochila y sale precipitadamente. Ana sigue murmurando su letanía mientras la música con el vals de la tía acompaña a las luces, que decrecen gradualmente hasta la oscuridad.)

FIN

